

les. Mis árabes habian dado la cebada en el morral de pelo de cabra á mis caballos, atados aquí y allí al rededor de mi tienda, sujetas las piernas con argollas de hierro; estos hermosos y mansos brutos estaban inmóviles, la cabeza inclinada y sombreada por su larga crin ondeante; su pelo gris, reluciente y humeante bajo los rayos de un sol de plomo. Los hombres se habian reunido á la sombra del mas ancho olivo; habian tendido en el suelo sus esteras de Damasco y estaban fumando, contándose las historias del desierto ó cantando versos de Antar.

Antar, el tipo del árabe errante, juntamente pastor, guerrero y poeta, que ha pintado el desierto todo entero en sus poesías nacionales, épico como Homero, triste como Job, amoroso como Teócrito, filósofo como Salomon; sus versos, que adormecen ó ecsaltan la imaginacion del árabe, tanto como el humo del *tombac* en el narguilé, resonaban en sonidos guturales en el animado grupo de mis saís; y cuando el poeta heria la cuerda sensible del corazon de aquellos hombres salvages, pero delicadamente organizados, se oia un ligero murmullo de sus labios; juntaban sus manos, las alzaban encima de sus sienes, é inclinando la cabeza; esclamaban: ¡Alá! ¡Alá! ¡Alá!

Mas adelante, el recuerdo de aquellas horas pasadas de aquella suerte escuchando unos ver-

sos que no podia comprender, me hizo buscar con empeño algunos fragmentos de poesías árabes populares, y sobre todo, del poema heróico de Antar. Logré proporcionarme cierto número de ellas, y me las hacia traducir por mi dragoman durante las noches de invierno que pasé en el Líbano. Ya empezaba yo á entender un poco el árabe, pero no bastante para leerlo; mi intérprete traducia los trozos del poema al italiano vulgar, y yo los traducia luego palabra por palabra al frances. Conservo estos ensayos poéticos desconocidos en Europa, y los insertaré al fin de esta obra; en ellos se verá que la poesía es de todos los sitios, de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

El poema de Antar es, como acabo de decir, la poesía nacional del árabe errante:—el libro santo de su imaginacion. ¡Cuántas otras veces he visto grupos de mis árabes, acurrucados por la noche al rededor de la hoguera de mi vivac, tender el cuello, prestar el oido, dirigir sus miradas de fuego hacia uno de sus compañeros que les recitaba algunos pasos de aquellas admirables poesías, miéntras que la nube de humo que se alzaba de sus pipas, formaba sobre sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y nuestros caballos, la cabeza inclinada sobre ellos, parecian atentos ellos tambien á la voz monótona de sus amos. Sentábame no léjos del corro y escuchaba tambien, aunque no comprendia el sentido,—pero compren-

dia el sonido de la voz, el juego de las fisonomías, los estremecimientos de los oyentes; sabia que aquello era poesía, y me figuraba relaciones patéticas, dramáticas, maravillosas, que yo me recitaba à mí mismo. Así es como cuando escucho música melodiosa ó apasionada, creo oír las palabras, y como la poesía de la lengua cantada me revela y me habla la poesía de la lengua escrita.

—¿Qué mas diré?

—Nunca he leído poesía comparable à aquella poesía que oía en la lengua ininteligible para mí de aquellos árabes; como la imaginación va siempre mas allá que la realidad, creía comprender la poesía primitiva y patriarcal del desierto; veía el camello, el caballo, la gacela; veía el jardín del desierto alzando sus copas de palmeras de un color verde amarillento, encima de las inmensas llanuras de arena roja; los combates de los guerreros, y las jóvenes hermosuras árabes robadas y recobradas en la refriega, y reconociendo à sus amantes en sus libertadores. Esto me recuerda que siempre he tenido mas placer en leer à un poeta estrangero en una detestable y ridícula traducción, que en el mismo original,—y es porque el original mas bello deja siempre algo que desear en la expresión, y porque la mala traducción no hace mas que indicar el pensamiento, el tema poético, y la imaginación, bordando sobre aquel tema con palabras que supone tan transparentes como la idea,

goza un placer completo que se crea ella misma. Como el infinito está en el pensamiento, le supone en la expresión, y así el placer es infinito. Es preciso, para proporcionarse este placer, ser hasta cierto punto músico ó poeta:—pero ¿quién no lo es?

Antar, el héroe y el poeta del árabe errante, es porque conocido entre nosotros; conocemos mal su historia;—hasta ignoramos la época exacta de su existencia. Algunos sabios quieren que viviese en el sexto siglo de nuestra era: las tradiciones locales le dan mucha mas antigüedad. Antar, según estas tradiciones sacadas en parte de su poema, era un esclavo negro que conquistó su libertad merced à sus proezas y à sus virtudes, y obtuvo à su querida Abla à fuerza de amor y de heroísmo. El poema de Antar no está, como el de Homero, escrito enteramente en verso; está en prosa poética del árabe mas puro y clásico, interpolado con versos. Lo mas singular que hay en este poema es, que la parte de la narración escrita en prosa es infinitamente superior à los fragmentos líricos intercalados entre ella. La parte poética tiene el carácter de afectación, melindre y amaneramiento de las literaturas en decadencia; nada por el contrario es mas sencillo, mas natural, mas verdaderamente apasionado que el recitativo. Todo lo que he leído de las poesías árabes, antiguas ó modernas, participa mas ó ménos de esa fatal afecta-

ción de la poesía de Antar; redúcese, si no á juegos de palabras, á lo ménos á juegos de imágenes, mas propios para divertir el entendimiento que para conmover el corazón. Siglos necesita el arte para llegar á la espresion sencilla y sublime de la naturaleza. Para los árabes, los versos no son todavía mas que un modo ingenioso de discretear:—esceptúo algunas poesías religiosas, escritas, hace unos treinta años, por un obispo maronita del monte Líbano:—he traído algunos fragmentos de ellas dignas de los sitios que las inspiraron y de los asuntos sagados á que aquel piadoso cenobita consagró esclusivamente su varonil ingenio. Estas poesías religiosas son mas solemnes é íntimas que ninguna de cuantas conozco en Europa;—hay en ellas algo del acento de Job, de la grandeza de Salomon y de la melancolía de David.

Siento que un orientalista ejercitado no traduzca para nosotros el poema de Antar todo entero, lo que valdria mas que un viage, porque nada refleja tanto las costumbres como un poema; ese poema rejuveneceria tambien nuestras propias inspiraciones á causa de los colores tan nuevos que Antar halló en sus soledades;—ademas, su lectura seria para nosotros entretenida como el Ariosto, patética como el Tasso. No puedo dudar que la poesía italiana del Ariosto y del Tasso es hermana de las poesías árabes; la misma alianza de ideas que produjo la Alhambra, Sevilla, Granada y alguna de

nuestras catedrales, produjo la *Jerusalen* y los bellísimos dramas del poeta de Reggio. Antar es mas interesante que las *Mil y una noches*, porque es ménos maravilloso: todo el interés está sacado del corazón del hombre y de las aventuras verdaderas ó verosímiles del héroe y de su amada. Los ingleses poseen una traduccion casi completa de este delicioso poema; nosotros solo poseemos algunos hermosos fragmentos diseminados en nuestras revistas literarias. El lector podrá apenas entrever, entre las imperfecciones de los trozos colocados al fin de esta obra, las admirables bellezas del original.

A pocos pasos de mí, una jóven turca lloraba la muerte de su marido en uno de aquellos pequeños monumentos de piedra blanca, de que están salpicadas todas las colinas al rededor de Jerusalen; parecían tener apenas de diez y ocho á veinte años, y jamas ví tan hechicera imágen del dolor. Su perfil, que su velo echado hácia atras me deja entrever, tenia la pureza de líneas de las mas hermosas cabezas del Partenon; pero al mismo tiempo la molicie, la suavidad y la graciosa languidez de las mugeres del Asia, belleza mucho mas femenina, mucho mas amorosa, mucho mas fascinadora para el corazón que la belleza severa y varonil de las estátuas griegas; su cabello, de un rubio dorado como el cobre de las estátuas antiguas, color muy estimado en aquel país del sol, del cual es como un reflejo permanente,—su cabello, todo entrenzado, caia en der-

redor de su cuerpo, y barria literalmente el suelo; su pecho estaba enteramente descubierto, segun la costumbre de las mugeres de aquella parte de Arabia: y cuando se bajaba para besar la piedra del turbante, ó para arrimar su oido á la tumba, sus dos pechos desnudos tocaban la tierra, y dejaban su molde en el polvo, como aquel molde del hermoso seno de Atala sepultada, que la arena del desierto dibujaba aún, en la admirable epopeya de M. de Chateaubriand. Habia cubierto con toda especie de flores la sepultura y la tierra en derredor; una hermosa alfombra de Damasco estaba tendida debajo de sus rodillas; sobre la alfombra habia algunos jarros de flores y un cañastillo lleno de higos y de tortas de cebada, porque aquella muger debia pasar el dia llorando de aquella suerte. Un agujero abierto en la tierra, y que se suponía corresponder al oido del muerto, le servia de porta-voz hácia aquel otro mundo donde dormia aquel á quien iba á visitar. Inclinábase de cuando en cuando hácia aquella abertura, y cantaba junto á ella algunas palabras interpoladas con sollozos; luego arrimaba ella el oido, como si hubiera esperado la respuesta, y luego volvia á cantar llorando como ántes. Procuré comprender las palabras que cantaba y que llegaban hasta mí, pero mi dragoman árabe no pudo percibir las. ¡Cuánto lo siento! qué de secretos del amor ó del dolor! ¡Qué de suspiros animados con toda la vida de dos almas arrancadas un a

á otra, debian contener aquellas palabras confusas y ahogadas en llanto! ¡Oh! si algo pudiera despertar jamas á un muerto, serian semejantes palabras murmuradas por semejante boca.

A dos pasos de aquella muger, bajo un pedazo de lienzo negro sostenido por dos cañas clavadas en el suelo, para servir de parasol, sus dos hijuelos estaban jugando con tres esclavas negras de Abisinia, acurrucadas como su ama sobre la arena cubierta con una alfombra. Aquellas tres mugeres, todas tres jóvenes y hermosas tambien, notables por las formas esbeltas y el perfil aguileño de los negros de la Abisinia, estaban agrupadas en diversas actitudes, como tres estatuas sacadas de un solo pedazo de piedra. La una tiene una rodilla en tierra, y sostenia sobre la otra rodilla á uno de los niños que tendia sus bracitos hácia el lado donde estaba llorando su madre; la otra tenia las piernas cruzadas y estaba sentada sobre sus talones, con las manos cruzadas como la Magdalena de Cano-va; la tercera estaba de pié un poco inclinada sobre sus compañeras y balanceándose á derecha é izquierda, mecía junto á su pecho, apenas formado, al mas chiquitin de los niños, al que en vano procuraba hacer dormir. Cuando los sollozos de la joven viuda llegaban hasta los niños, estos se echaban á llorar y las tres esclavas negras, despues de haber respondido con un sollozo al de su ama, empe-

zaban á entonar cantares monótonos y á hacer cariñitos á los niños para que callasen.

Era un domingo; á doscientos pasos de mí, detras de las gruesas y altas murallas de Jerusalem, oía yo salir como á bocanadas, de la negra cúpula del convento griego, los lejanos y amortiguados ecos del oficio de vísperas. Los himnos y los salmos de David se alzaban al cabo de tres mil años, cantados por voces estrangeras y en una lengua nueva sobre aquellas mismas colinas que los inspiraron; y en las azoteas del convento, veia algunas figuras de frailes viejos de la Tierra Santa, ir y venir con su breviario en la mano, y murmurando aquellas oraciones murmuradas ya por tantos siglos en lenguas y ritmos diversos.

Y yo estaba allí tambien para cantar todas aquellas cosas; para estudiar los siglos en su cuna; para seguir hasta su fuente el curso desconocido de una civilizacion, de una religion para inspirarme con el espíritu de los sitios y el sentido oculto de las historias y de los monumentos, en aquellas playas que fueron el punto de partida del mundo moderno, y para nutrir, con una sabiduría mas real y una filosofia mas verdadera, la poesía grave y pensada de la época en que vivimos!

Aquella escena, colocada por casualidad á mi vista, y recogida en uno de mis mil recuerdos de viages, me presentó los destinos y las fases casi

completas de todas las poesías: las tres esclavas negras adormecian á los niños con las canciones sencillas y sin pensamiento, de su pais, representaba la poesía pastoril é instructiva de la infancia de las naciones; la jóven viuda turca llorando por su marido y cantando sus sollozos á la tierra,—la poesía elegiaca y apasionada, la poesía del corazon; los soldados y los camelleros árabes recitando fragmentos bélicos amorosos y maravillosos de Antar, la poesía épica y guerrera de los pueblos nómades y conquistadores; los monges griegos cantando los salmos en sus azoteas solitarias, la poesía sagrada y lírica de las edades de entusiasmo y de renovacion religiosa; y yo, meditando bajo mi tienda y recogiendo verdades históricas ó pensamientos sobre toda la tierra, la poesía de filosofia y de meditaciones, hija de una época en que la humanidad se estudia y se reasume a sí misma hasta en los cantos con que se solace.

Hé aquí la poesía toda entera en lo pasado; ¿pero en el porvenir? ¿qué será?